

Una tarde que no se olvida

El sol caía lentamente sobre la ciudad de Puebla, pintando el cielo de tonos naranjas y rosados, como si el día se resistiera a terminar. Era una tarde cualquiera, o al menos eso parecía. Caminaba por la calle con prisa, como todos, sin imaginar que algo tan simple se convertiría en un recuerdo imborrable.

En la esquina, un grupo de jóvenes reía sin preocupaciones. Sus voces rompían con la rutina del lugar. Uno de ellos lanzó un balón que, por accidente, rodó hasta mis pies. Dudé un segundo antes de patearlo de regreso, pero lo hice. Ese pequeño gesto fue suficiente para que me invitaran a unirme.

Al principio me sentí fuera de lugar, pero poco a poco la risa se volvió contagiosa. El tiempo dejó de importar. Las preocupaciones, los pendientes, todo desapareció por un momento. Solo éramos personas compartiendo un instante.

La tarde se convirtió en noche casi sin darme cuenta. Las luces de la calle comenzaron a encenderse y el aire se volvió más fresco. Nos despedimos como si nos conociéramos de toda la vida, aunque apenas habían pasado unas horas.

Esa noche entendí que no siempre se necesitan grandes planes para crear recuerdos importantes. A veces, basta con detenerse, mirar alrededor y dejar que la vida sorprenda.